

MEDITACIONES.	PAGINAS.
CXXXVII. <i>Muerte prevenida</i>	387.
CXXXVIII. <i>Compasion de las almas</i> <i>del Purgatorio</i>	389.
CXXXIX. <i>Infierno del cristiano</i>	392.
CXL. <i>Los trabajos del justo son leves</i> <i>y bien premiados</i>	395.
CXLI. <i>Es necesario seguir á Jesu-</i> <i>cristo</i>	398.
CXLII. <i>Debemos aspirar á la perfec-</i> <i>cion</i>	401.
CXLIII. <i>La perfeccion consiste en un</i> <i>cabal cumplimiento de nuestro es-</i> <i>tado</i>	404.
CXLIV. <i>No debemos desmentir la pro-</i> <i>fesion de cristianos</i>	407.
CXLV. <i>Respeto humano</i>	409.
CXLVI. <i>Necesidad y eficacia de la</i> <i>oracion</i>	412.
CXLVII. <i>Virtud del silencio</i>	415.
CXLVIII. <i>Valor de la limosna</i>	418.
CXLIX. <i>La persecucion es la libréa</i> <i>del cristiano</i>	421.
CL. <i>Dios cumple fielmente su palabra</i> .	424.



MEDITACION I.

DIOS CRIADOR.

PUNTO 1.

Considera que antes de la creacion, todas las cosas estaban sepultadas en su nada; y el Señor las sacó de ese estado, pasándolas sin dificultad ni resistencia de la nada al ser, con solo un acto de su soberana voluntad.

Ponderar la prontitud con que las cosas obedecen la voz imperiosa de Dios. Hágase, dijo, la luz: haya dos grandes astros en el cielo, para que se dividan y señalen las horas del dia y de la noche: produzca la tierra las plantas con sus hojas, flores y frutos: puéblense las aguas de peces, el aire de aves, y la tierra de toda clase de animales: y los seres todos al instante oyen la voz del Señor, se ponen en su presencia,

lo adoran, y se egecuta todo cuanto el Señor manda. ¡O voz omnipotente de mi Dios, tú seas escuchada siempre de mi corazón; y aprenda yo á obedecerte, como veo que lo hacen todas las criaturas.

Saca de aquí el reverenciar sumiso el poder infinito de Dios, y temer juntamente la fuerza de su brazo y energía de su voluntad; pues tan fácilmente como da existencia y vida á las cosas, podrá volverlas á la nada de donde salieron.

PUNTO 2.

Considera, que en la creación no solamente resplandece el poder divino, sino tambien la liberalidad inmensa y beneficencia del Señor, que da existencia á las cosas, con el fin de que, segun sean capaces, participen de su ser y de su infinita bondad.

Ponderar lo primero, cuanto debes á Dios por este beneficio; pues te ha enriquecido con una naturaleza tan noble y un ser tan alto y distinguido, que eres como el monarca de este universo, el preferente á todas las cosas sobre la tierra, y, en una pa-

labra, la obra mas grande entre las criaturas visibles que ha salido de sus manos.

Ponderar lo segundo, que el Señor no solo te formó, á su imagen y semejanza; sino que te hizo capaz de que le conocieras, para que despues le gozaras, y fueras feliz por toda la eternidad.

Saca por fruto un sumo dolor de que habiéndote su Magestad adornado con tales sentidos y potencias, léjos de servirle con ellas, de ellas mismas te has valido para ofenderle con mayor gravedad y malicia.

MEDITACION II.

DIOS CONSERVADOR.

PUNTO 1.

Considerar, que no pudiendo las criaturas subsistir por sí mismas, Dios, que por un efecto de su mera liberalidad y bondad las sacó de la nada, por una continuacion de su beneficencia las conserva en aquel ser primero que recibieron.

Ponderar, que si es incomprendible lo que debes á Dios por haberte criado, no es menos lo que le debes por conservarte; porque incessantemente está como repitiendo aquel primer beneficio: y como si en ello tuviera algun interés, ó dependiera de ello su gloria, está siempre atento á que se mantenga tu existencia, tu vigor y tu salud. Numéra, si puedes, los instantes de tu vida, traelos á tu memoria, y en cada uno leerás, sin poderlo dudar, la grandeza de este favor.

Sacarás de esto un claro convencimiento del amor con que Dios te mira, cuando te mantiene una vida, que tal vez no la consumes mas que en ofenderle; y menos ingrato en lo sucesivo, procura servir y corresponder á un Señor que tanto hace por tí.

PUNTO 2.

Considera la diferencia que hay entre las obras del hombre y las de Dios. Una estatua que sale bien acabada de las manos de un artífice, ya no vuelve á necesitar

de su influjo para existir; pero ¿qué sería de tí y de las demás criaturas, si un solo momento levantára Dios su mano, y no cuidára de tu ser?

Ponderar, que siendo tanto mas estimable la conservacion, quanto son mas y de mayor entidad los bienes á que se estienda, ¿cuánto debes apreciar la tuya, cuando el Señor por ella te mantiene el ser natural en que comunicas con las piedras; el vegetal y sensible en que convienes con las plantas y brutos; y el espiritual de que gozas como los ángeles?

Sacarás de aquí dos cosas: la primera, reconocer la dignidad de tu naturaleza, para que no cometas acciones indignas de ella; y la segunda, tener siempre muy presente el amor con que tu Criador quiso distinguirté, dándote un ser tan noble y excelente.

MEDITACION III.

DÍOS REDENTOR.

PUNTO 1.

Considerar, que por el pecado somos deudores ante Dios; però en tal grado, que aunque lloráramos tantas lágrimas, que con ellas se formara un océano; aunque nuestros ayunos, castigos y penitencias fueran los mas crueles y rigorosos; y aunque nos ayudaran á pagar las criaturas todas del cielo y de la tierra, nada importaria todo esto; porque siempre seria una paga muy limitada y pobre, como paga de criaturas; é incapáz por lo mismo de satisfacer una deuda infinita, qual es la del pecado.

Ponderar, que en estas tristes circunstancias en que nos pone la culpa, no solamente somos infelices y miserables; sino que así viviremos y moriremos, sin la menor esperanza de satisfaccion ni remedio. Mas hé aquí, que el Hijo de Dios, por una benignidad y clemencia que no admite semejante, ó Padre Eterno, dice, ¡conque solo

un Dios es capaz de pagar esta deuda? Pues ya estoy aquí. Yo bajaré á la tierra, la regaré con mi sangre, padeceré y moriré, por tal que el hombre quede libre. ¡Seres todos del universo, asombraos al mirar lo que hace Dios por el hombre!

Sea pues alma mia, esta misericordia y este amor infinito digno objeto de tus meditaciones. Desde este instante ya no haya cosa que te conturbe ni aflija. Dios está por tí; ¡quién podrá dañarte? Ya no te llames pobre, cuando tienes tan rico pagador.

PUNTO 2.

Considera que el ángel se ensoberbece en el cielo, y desde luego cae en el infierno, sin lograr un momento de penitencia. Peca el hombre en el paraíso, y Dios, lejos de condenarle, se compadece de él, y en los consejos eternos se ofrece por su Redentor. ¡Serás capáz todavía de dudar del amor infinito de tu Dios?

Ponderar, que aunque esta misericordia es muy grande, y mayor de lo que nos atreveríamos á imaginar, es mas sin com-
Tom. II.

paración lo que el Hijo de Dios nos ha dado; pues siendo nuestro Redentor, nos hace dueños de sus méritos, de sus trabajos, de sus tormentos y de su muerte: tesoro infinito con el que somos tan ricos, que ya no recibiremos como insolventes el perdón de mera gracia, sino que satisfaremos completamente, diciendo confiados: chancela, oh Padre Eterno, y borra para siempre la terrible escritura que habias estendido contra nosotros; pues si la deuda de nuestra culpa es inmensa, la sangre de tu Hijo que te ofrecimos, vale sin duda mas que todos nuestros delitos.

De donde puedes sacar el aprovecharte de ese caudal que pone en tus manos tu Redentor: pero advierte, que si con él quieres fomentar tu pereza y descuido, y pecar con mas desenfreno y loca temeridad, esa misma sangre clamará contra tí, y pedirá tu condenacion.

MEDITACION IV.

DIOS CONSOLADOR.

PUNTO 1.

Considera, que mirando Jesucristo que por su ausencia la tristeza se apoderaba del corazón de los apóstoles, los alienta diciéndoles, que dentro de poco vendria sobre ellos su divino Espíritu, y éste los consolaria.

Ponderar, que pasados solos diez dias de su Ascension á los cielos, en cumplimiento de tal promesa, descende el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego sobre los apóstoles, y comunicándoles sus soberanos dones, los trasforma de cobardes en intrépidos; de ignorantes en sábios; de débiles en esforzados; y, en una palabra, los convierte en otros hombres; pero tan nuevos y tan singulares, que cuantos se hallaban congregados en Jerusalén los respetan y los admiran, mientras ellos, llenos del Espíritu de Dios, alegres se presentan en los concilios y sinagogas, predicando sin temor la santidad y las glorias de su divino Maestro.

Saca de aquí, el llenarte de santos deseos al ver tan portentosos efectos; y tomando en tu boca las palabras de la Iglesia, repite fervoroso: ¡ó Santo Espíritu, ó Epiritu Consolador, Padre de los pobres, luz de nuestros entendimientos, descende sobre nosotros, purificanos, abrásanos, y no arda en nuestros pechos otro fuego que el de la caridad.

PUNTO 2.

Considerar, que siendo los trabajos y persecuciones la herencia de los justos, viven en medio de ellos siempre contentos y alegres, sin otra causa que el difundirse en sus corazones la caridad, por el Espíritu Santo que se les comunica.

Ponderar, que este consuelo que siente el alma es tan grande, que en el sagrado libro de la Sabiduría se lee: ¡Cuán bueno eres Señor, y cuán dulce es en todas las cosas tu Espíritu! Y con razon; porque completando este Espíritu Consolador la grande obra de la redencion, trae á nuestros corazones la verdadera paz, y acaba de rom-

per las cadenas de la esclavitud en que gemiamos por la culpa; y así decia el Apóstol: allí mora la libertad, donde habita el Espíritu del Señor.

Sacarás de aquí, el despreciar los vanos consuelos que te presenta el mundo, y buscar el verdadero que únicamente hallarás en el ejercicio de la virtud, y en las lágrimas de la penitencia; pues escrito está, que los que lloran serán consolados.

MEDITACION V.

DIOS GLORIFICADOR.

PUNTO 1.

Considera que Jesucristo sube á los cielos, no solamente para ser coronado de honor, por sus altísimos merecimientos; sino para prepararnos el lugar, á donde como Redentor espera colocar á sus redimidos.

Pondera, cuán incomprehensible es el amor que Jesucristo nos tiene; pues no se da por contento con haber comprado con su

sangre nuestra libertad, alcanzándonos el perdon de las culpas y de las penas eternas merecidas por ellas; sino que mirándonos ya como verdaderos Hijos, nos constituye por consiguiente herederos de su misma gloria: es decir, dueños de los tesoros é inefables riquezas de la celestial y santa Jerusalén.

Esta consideracion te hará suspirar por esa pátria, y esclamar con el Real Profeta: dichosos, ó Señor, los que habitan en tu casa: pero igualmente te estimulará á vivir santamente, pues solo el justo, dice el mismo Profeta, habitará en los tabernáculos de Dios.

PUNTO 2.

Considerar, que concluida la carrera de su vida mortal, entra Jesucristo en la gloria como un conquistador victorioso, acompañado de innumerables cautivos que libertó, y suben con él entonando himnos eucarísticos, y celebrando su triunfo.

Ponderar, la alegría y prontitud con que los coros angélicos abren las puertas celes-

tiales, para recibir á todos estos hijos de Adán, que van con su Libertador á ocupar las sillas vacantes de los espíritus soberbios que fueron desterrados. Se darán mutuamente los parabienes; y Dios hará ver entonces cuan perfectamente ha desempeñado los títulos de nuestro Redentor y Glorificador, haciendo de unos miserables desterrados, ciudadanos felices y compañeros de los serafines.

Saca de aquí, el conocer la dignidad y nobleza á que te eleva el amor de Jesucristo. Te crió á su imágen, te retocó con su sangre, restituyéndote la hermosura que habias perdido; y despues de tantos bienes que te da en el tiempo, quiere, como tu Glorificador, hacerte bienaventurado en la eternidad.

MEDITACION VI.

LA MUERTE ES ECO DE LA VIDA.

PUNTO 1.

Considerar, que el morir es indefectible; pero no es indefectible el morir bien. Es infalible el morir, porque esto depende de una sentencia que no puede faltar; pero no es infalible el morir bien, porque esto depende de la buena vida, que puede no haber.

Ponderar, que los fines son proporcionados á sus principios, como los efectos son semejantes á sus causas. El árbol bueno, dijo Jesucristo, produce siempre buenos frutos; así como el malo los produce pésimos: esperar, por tanto, que una vida desenfrenada, consumida en crímenes, en desórdenes, y en un total olvido de Dios, tenga por fruto una buena muerte, es la mayor temeridad y locura, cuyo castigo será un amarguísimo desengaño.

Saca de aquí el apartar de tu alma esta falsa confianza. Vive bien, si quieres morir en paz; y si has pecado, no esperes sin peni-

tencia el perdón. Siembra en lágrimas, dice el Real Profeta, y entónces cosecharás alegría.

PUNTO 2.

Considerar, que conociendo el pecador que la mala vida causa la mala muerte; si no se muda, se tranquiliza con la intencion de mudarla y convertirse de mañana en mañana; pero ese dia de mañana nunca llega.

Ponderar, que si esta dilacion y vana esperanza es un formidable lazo del demonio, tambien es un castigo justísimo de Dios: porque si se conoce necesaria la conversion, y sin embargo no se procura al instante; se da á entender, que es muy duro dejar el servicio del mundo; y solo se quiere hacer esto, á mas no poder, á la hora de la muerte, y pasar entónces al servicio de Dios; y se manifiesta, que es empezar muy temprano á amar á Dios, si desde ahora comenzamos. ¡O, con cuanta razon deja Dios vivir y morir á los pecadores en los brazos del mundo, para que en la última hora conozcan, como dijo Jeremías, cuán amargo es haberse apartado del Señor!

Saca de tu meditacion, tener muy presente esta doctrina: si alguna vez debo empezar una vida arreglada, para lograr una muerte santa, ¿por qué dilato este negocio tan importante? ¿Si he de buscar á Dios mañana, por qué no lo hago desde hoy?

MEDITACION VII.

JUICIO PARTICULAR.

PUNTO 1.

Considera, que por terrible que sea la muerte, seria en verdad tolerable, si despues del golpe que sobre nuestro cuerpo descarga, nada nos quedára que temer; pero sigue, dice el Apóstol, el juicio del alma, y esto es sin comparacion mas formidable, que todo el estrago que ha padecido el cuerpo.

Ponderar, que en un solo y brevísimo instante, ó, como se esplica S. Pablo, en un abrir y cerrar de ojos, ha de egecutarse ese acto tremendo. Haz de ser citado y

presentado ante Dios: se te ha de tomar estrechísima cuenta de cuanto bueno y malo practicaste: se han de examinar menudísimamente no solo tus obras, sino todos los modos y circunstancias de que estaban revestidas: se han de oír tus descargos, asi como se escucharán tambien las acusaciones del demonio, y el puntualísimo y serio informe que presentará tu ángel custodio. ¡O, cuánto tienes que considerar, y cómo cada punto de estos debe ocupar tu atencion!

Saca por fruto, el proponerte las circunstancias de este inevitable y terrible juicio, por continua materia de tus meditaciones. Júzgate con tiempo á tí mismo, pues ahora puedes corregir lo que entónces no tiene remedio; y ahora tambien puedes ofrecer á Dios penitencias y satisfacciones, que en aquel acto ya no tendrán lugar.

PUNTO 2.

Considera, las cualidades del supremo Juez ante quien haz de comparecer, y las circunstancias todas de la triste ó favorable

sentencia, que saldrá de aquel tribunal, desde luego que tu alma se separe del cuerpo.

Ponderar lo primero, que tu Juez, como dotado de infinita sabiduría, no solamente estará allí muy distante de toda equivocacion y engaño, sino que tambien le hallarás justísimamente resentido y quejoso de los innumerables desprecios que en tu vida le hiciste. Te hará ver el amor y empeño con que quizo salvarte, derramando para esto su sangre; y tú con la mayor ingratitud la inutilizaste y pisaste.

Ponderar lo segundo, que no pudiendo desviarse de su justicia y santidad, y siendo la sentencia que fulminará conforme á estos atributos santísimos, será por consiguiente sentencia no solamente santa y justa, sino inapelable y eterna.

Saca de aquí, el honrar y estimar como es debido esa sangre preciosa, y ofrécela incesantemente á tu Redentor, por todo quanto ha hecho por tí. Este es el modo de tenerlo propicio desde ahora, para escuchar entónces de su boca una sentencia favorable.

MEDITACION VIII.

INFIERNO.

PUNTO 1.

Considera, la imponderable mutacion del miserable pecador, que de la cama en que se hallaba rodeado de amigos y conocidos, que lo consolaban en su última enfermedad, y lo auxiliaban en su agonía, pasará repentinamente, arrebatado de los demonios, á los oscurísimos calabozos del infierno.

Ponderar, el terror, espanto, pesadumbre y desesperacion que sentirá desde que cae en el abismo, al ver venir sobre él repentinamente y de un golpe, tantos y tan inesplicables tormentos. Ojos, narices, lengua, oídos, manos, pies, corazon.... todo arde, todo se abrasa, y á un mismo tiempo padece todo, sin que el dolor de unas partes se confunda ni se disminuya por el dolor que sufren otras; pues por un efecto de la ira santa de Dios, cada tormento esplica todo su rigor y su fuerza. ¡O fatal y desgraciado momento aquel primero de su condena-

cion, él solo excede incomparablemente á cuanto puede padecerse en esta vida, aun cuando se reunan los mas crueles dolores y martirios!

Infiere de esto, la necedad y locura de los que por no sufrir aquí unas ligerísimas mortificaciones y penitencias por sus culpas, se ven allí condenados á padecerlas siempre y sin el menor consuelo.

PUNTO 2.

Considera, que siendo tanto y tan insufrible lo que el desgraciado réprobo padece en todos y cada uno de los sentidos de su cuerpo, es, sin comparacion, mas lo que siente en las potencias de su alma.

Ponderar, la viveza con que el entendimiento en cada instante está mirando toda la extension de sus males, y clarísimamente conociendo la infinita duracion de su padecer, sin divisar el menor resquicio de alivio ni de esperanza; porque siempre, siempre está pesando sobre él su inmensa eternidad. La memoria le recuerda la facilidad que tuvo, en lo pasado, de liber-

tarse de aquellos tormentos, y la imposibilidad que tiene ahora de remedio. Pero su corazon, sobre todo, faltándole Dios para quien fué criado, y experimentando que ese Dios, que debió ser el objeto de su bienaventuranza, le es ahora el mas cruel, el mas riguroso, y el mas implacable enemigo, siente la mayor de las penas, y con ahullidos eternos busca en vano ese último fin, ese Padre, y ese Redentor.

Saca de aquí, el aprovecharte de las lecciones que te dan estas infelices criaturas; pues con sus tormentos te dicen el mal que te amenaza, si vives como vivieron ellas. Despreciaron los poderosos medios que tú ahora tienes, y por eso se condenaron. Escarmienta tú en su castigo, y echa mano oportunamente de tantos auxilios que te envia Dios, no siendo el menor de ellos estas reflexiones que actualmente haces, y de que debes aprovecharte.